



Cursos de verano

ANTES de inventarse los cursos de verano de la Universidad, Salamanca se despoblaba de estudiantes, y las viudas se quedaban sin pupilos. Sólo el sabio profesor D. Fernando Galán cuidaba de los tiestos con guisantes en las traseras del Palacio de Anaya. La ciudad se llenaba de puestos de melones y sandías que se vendían a prueba y cala. Un hombre con un burro vendía botijos a gritos por la calle. El día de Santiago, cientos de segadores se concentraban bajo los soportales de San Antonio, y con las hoces esperaban "ajustarse" de nuevo y rematar la temporada de la siega. Las dos personas que impulsaron y dieron vida a



SERÁN CENIZAS

JOSÉ ANTONIO BONILLA

los cursos fueron César Real y José Luis de Celis.

Un año asistí a la lección inaugural de estos cursos dada por Luis Cortés, habló de los primeros pobladores de Salamanca. Los agricultores del norte cruzaban el río Tormes para cambiar sus productos con los ganaderos del sur. A él oí que Carlos V usaba el alemán para hablar con su caballo y para hacerlo con Dios, el castellano. Cuando fue el boom de la novela hispanoamericana las principales figuras pasaron por aquí. Este año el número de alumnos es parecido, y lo que sí me han asegurado es que la lección de apertura pronunciada por Julio Borrego sobre las

Antes de inventarse los cursos de verano de la Universidad, Salamanca se despoblaba de estudiantes, y las viudas se quedaban sin pupilos

trampas de la Lengua, lección elogiadísima. José Luis de Celis, pasado un tiempo, se estableció por su cuenta, tuvo éxito y logró reunir una fortunita, y también hemos de decir que no utilizó métodos muy académicos. Estando un profesor explicando la tragedia de Felipe II con su hijo, tuvo que interrumpir la lección y expulsar a un alumno. ¡Venir a mi clase a leer novelas! ¡Fuera! "D. Manuel, no era una novela —le dijo una condiscípula algo mojigata— es un chico extranjero, que consultaba el diccionario". A los cinco minutos volvió a insistir: "Así que extranjero. Si lo ven, pídanle perdón en mi nom-

bre". Luego supimos que era uno de los estudiantes polizones que de Celis metía en las clases de la Universidad.

José Luis quiso recuperar la juventud perdida, igualarse con su mujer a la que triplicaba la edad y perdió la vida en el intento. Las palomas de la Plaza Mayor, aún lo recuerdan, las alimentaba con ademanes clandestinos, dejaba caer las migas con la mano muerta y como si no hiciera nada y en ocasiones cuando iba con el pantalón viejo con los bolsillos agujereados dejaba caer por el interior de la pernera del pantalón los mánfanos de pan, nadie se enteraba. La volatería seguía su rastro.